

LA HISTORIA COMO CATEGORIA FUNDAMENTAL DE LAS CIENCIAS HUMANAS.-

Prof. Jacques GAGEY

Directeur de l'U.E.R. des Sciences Humaines cliniques.

Universidad de la Sorbona (Paris VII).

Trad. Juan Durán.

Isabel Pérez.

En la presente conferencia vamos a hacer una reflexión sobre el tema de la epistemología de las Ciencias Humanas. Se trata de una reflexión libre, ya que no he venido a enseñarles, sino a hacerles partícipes de mis preocupaciones.

Mi propósito empieza por una consideración que nos puede ser común: el infortunio de las Ciencias Humanas. No podemos esconder este infortunio. Las Ciencias Humanas son criticadas desde fuera. Tomemos dos ejemplos para evidenciar este infortunio: ¡Qué esperanzas cuando alrededor de 1925-26 la psicometría naciente se apunta sus primeros resultados!. ¡Qué decepción cuando cuarenta años después nos damos cuenta del poco partido que se puede sacar de los resultados obtenidos en esta empresa!- Cuantas esperanzas no hemos puesto a principios de siglo en la intervención psicoterapéutica sobre las enfermedades mentales; después de cincuenta años de esfuerzo y búsqueda el panorama no está claro, la fé no falta, pero las incertidumbres permanecen y se acumulan.

Las Universidades francesas han cambiado el nombre de Facultad de Letras por el de Facultad de Ciencias Humanas, y los colegas físicos y químicos inscribían, al mismo tiempo, en el frontispicio de sus facultades, Facultades de Ciencias Científicas.

Si observamos la historia de las Ciencias Humanas en los dos últimos siglos, concretamente de la Psicología y la Sociología: ¡Qué cantidad de conflictos teóricos!. ¡Cuántas reflexiones filosóficas!. ¡Cuántos esfuerzos para fundar al fin la Psicología y la Sociología!.

Es a partir de Durkheim que se considera a los fenóme

nos sociológicos como "cosas" (hechos) y la Sociología se constituye en Ciencia. Ha sido necesario lanzarse a una Psicología sin alma, para vislumbrar la posibilidad de que la Psicología sea una Ciencia. Sin embargo, cuando miramos el nivel de operatividad intelectual al que acceden nuestros colegas físicos y lo comparamos al nivel de operatividad alcanzado en los estudios de Psicología o Sociología, el desnivel es extraordinariamente importante y crea un malestar. Yo quiero partir de este malestar histórico y vivido. Este malestar no excluye ni nuestra fe, ni nuestra esperanza. Es necesario reconocerlo y tratar de salirse de él. Para ello se abren dos vías. La primera, seguida por la mayor parte de nuestros colegas, consiste en buscar una aprobación del lado de la estadística. Es verdad que el éxito de la Biometría, de donde todos sabemos que ha nacido la estadística, ha hecho pensar a los psicólogos que era posible medir los acontecimientos psíquicos, desde el momento en que se toma una teoría de la medida distinta que la de los físicos, y que se construye un aparato estadístico para introducir la medida donde individualmente no es posible, pero que se hace posible si se toman grandes conjuntos. Todas nuestras enseñanzas de Psicología y Sociología están fundadas en la Estadística y en el empleo de instrumentos estadísticos. Es incontestable que un éxito parcial se obtiene desde esta perspectiva. La cuestión a preguntarnos es la de si debemos contentarnos con este éxito parcial, ¿si las Ciencias Humanas deben ser parciales o si debemos ir más lejos?. Si queremos ir más lejos es necesario poner en cuestión el modelo de científicismo que nos ha sido dado por las Ciencias de la Naturaleza, y que ha operado un cambio epistemológico, y es de esto que quiero hablar.

El infortunio de las Ciencias Humanas no puede ser remontado más que de una manera marginal y lateral, más que atreviéndonos a preguntarnos sobre la pertinencia del modelo de científicismo tal y como nos lo dan las Ciencias de la Naturaleza, una vez que lo han ido estableciendo progresivamente. En otros términos: hay que pasar a la epistemología. Y pasar a la epistemología es interrogarse sobre la actividad científica, es decir, poner en cuestión la concepción más ordinaria que existe entre nosotros: la concepción positivista.

Si bien es Auguste Comte, quien, entre 1820-50, definió los grandes ejes del pensamiento: experimental, Descartes hizo

sarrollen en climas teóricos divergentes, y son válidas unas y otras. Hay contradicciones en el seno del discurso científico y no por ello le impiden ser científico, en tanto que se articulan en niveles de operatividad distintos. Saber es siempre saber hacer, y los saber-hacer están elaborados en un contexto intelectual. Pueden existir pluralidad de contextos intelectuales divergentes. Hay una pluralidad de Ciencias. La Ciencia no es cierta. No descubre los objetos. Crea procesos operativos o procesos de objetivación.

Debemos de subrayar el paso extraordinario de A.Compte al avanzar la noción de operatividad, esto se traduce, desde el punto de vista filosófico, en la disolución de la idea de verdad. La Ciencia no tiene por objeto lo verdadero. La Ciencia tiene por objeto la construcción de operatividades múltiples. Las operatividades, de hecho, no se sintetizan, se trata de unir las en un conjunto coherente que constituiría el sistema de la ciencia. Compte lo explica diciendo que no puede ser más que subjetiva, jamás objetiva. Esta postura positivista define lo que se puede llamar el punto de vista epistemológico. Si la ciencia como objetivo desvela la verdad, entonces la única función de la filosofía es la de describir las metodologías científicas, de apreciar los procesos científicos en sus divergencias, en sus brotes; es decir que el único trabajo posible es el de tomar en cuenta la discursividad, el progreso del discurso humano, la operatividad en todas sus dimensiones.

Creo que si tomamos en serio esta noción de objetivación podemos preguntarnos sino representa un impulso para ir más lejos. En cuanto se habla de objetivación admitiremos un cierto pluralismo de actitudes científicas, ya que hay procesos divergentes según los cuales se crean objetos, es decir, operaciones científicas; y ¿no existe la posibilidad de concebir un proceso científico que no consista en la creación de un objeto, pero que podría consistir en el "acompañamiento" de una historia?. Este constituye el núcleo de mi propósito.

¿De qué hablamos nosotros, sobre qué nos proponemos discutir los que nos interesamos por las ciencias humanas?. ¿Acaso no nos proponemos discutir sobre una "cosa" que es el hombre,

es decir, tú, tu individual o colectivo, y de lo cual puedo hablar desde fuera como alguien que te mira y te objetiviza?. Efectivamente puedo hablar de ti como una "cosa", es suficiente que te anestesie, entonces no eres más que un cuerpo al que puedo tratar como a una "cosa", y sobre la cual puedo hacer operaciones perfectamente significativas. Es el caso del cirujano que te transforma provisionalmente en cadáver, y que como ser no-Psíquico, puede operar significativamente. Pero cuando hago el discurso científico en ciencias humanas ¿estoy obligado a hacer tal operación, es decir, a alejarme de ti a una tal distancia que tú no seas más que un cuerpo, que un objeto, que alguien a quien no oigo hablar, alguien que no me habla? o ¿es que aproximándome a tí es posible el tener un discurso científico, en tanto que eres alguien que me habla?. Hay una elección a hacer entre una posición de objetivación, con las dificultades y límites que hay que reconocer, y una posición de aproximación no objetivizando al otro; y de esta aproximación no objetivizante no se ha dicho que no se pueda decir algo, que no se pueda tener un discurso que sea científico.

Todos los contextos psicoterapéuticos se constituyen en la categoría de relación que acabamos de describir: en primer lugar está bien claro que en la relación psicoterapéutica el psiquismo del otro está presente, que tú me hablas; en segundo lugar, es evidente que debe suceder algo, que existe una operatividad psicoterapéutica, que hay una operación que produce efectos; y finalmente, que el psicoterapeuta es alguien que pretende un cierto grado de científicismo. Esta científicidad se basa en el conocimiento objetivo que tomaría de su cliente. Tiende a las reglas y al "savoir faire" que son suyos, en lo que concierne al desarrollo de la interlocución. No es el conocimiento del otro en tanto que objeto, a partir de lo que dice o hace, lo que está en cuestión. ¡Menudo "asunto" para el enfermo el que yo sepa cosas de él!. Esto no lo "curará". Y en cuanto a lo de creer que mi saber-sobre, y al transmitirle mi saber sobre él, le voy a hacer de alguna manera un bien, es, sin lugar a dudas, una ilusión considerable. En el desarrollo de la entrevista, de la relación psicoterapéutica, no hay una búsqueda de un saber objetivizante sobre el otro. La científicidad del psicoterapeuta no conduce al hecho de que se construya una representación adecuada de su cliente, en el mejor de los casos, sería una

cientificidad de diagnóstico y no una científicidad de terapia, a la cual no se llegaría por esta línea. La científicidad del psicoterapeuta se basa en la regulación, que juega en el curso de la entrevista, el desenvolvimiento de la interlocución, de modo que la entrevista, a lo largo del tiempo, deviene "alguna cosa". Aquí tenemos, pues, el modelo de historia, a dos, de microhistoria, historia de un acontecimiento de nos-ha-llegado-a-los-dos. En ocasiones, ésta cura.

La cuestión que propongo, y la que os someto, es la de saber si esta historia, esta intuición de una historicidad ¿no nos pone sobre el camino del descubrimiento de la categoría, de aquello que podría ser la categoría fundamental de las ciencias humanas, en tanto que se ligan a su científicidad propia?. Dado que existen esfuerzos científicos que tienden a la objetivación del hombre, podemos decir que entonces ya no estamos en el terreno de las ciencias humanas en tanto que humanas.

Recordemos aquí algunos elementos de cultura sobre la historia de la Historia. Parece ser que el pueblo judío fue el primero que cinceló el concepto de Historia en el Mediterráneo. Existe toda una cultura mediterránea; la cultura judía, que a partir de los siglos IV, V, VII de nuestra era, comienza a articular la noción de "alguna cosa" que pasa a través del tiempo; de una evolución cualitativa a lo largo del tiempo. Paralelamente la civilización griega se bate por la eliminación de la noción historia.

Haciendo un estudio comparado de los pueblos del Mediterráneo, veremos que por destacable que sea la presencia de un sentimiento de historicidad en la tradición del pueblo judío, éste, existe también en ciertas mitologías vecinas.

El racionalismo griego, que se desenvuelve desde el siglo VII a.J.C., hasta el siglo V a.J.C., se constituye por la eliminación de las categorías de la Historia. El modelo de es el de la rotación de la gran bola de marmol sobre ella misma (si cogemos una bola de marmol bien pulida, y la hacemos girar, ésta dará vueltas durante mucho tiempo, constituyendo el movimiento inmovil, porque a cada instante, cada punto de la esfera viene a ocupar, en su movimiento, la plaza dejada vacante por

otro punto de la esfera, es decir, todos los puntos de la esfera cambian a cada instante, pero sin ocupar nuevas plazas, no existe, por tanto, progreso cualitativo a través de la temporalidad). De hecho, los griegos ganaron en la concurrencia cultural del Mediterráneo. Ganaron en particular sobre los judíos, ya que un judío llamado Filón, en el siglo 00 a.J.C., crea una reformulación de la cultura judía en donde la historicidad ha estado eliminada, y la tradición judeo-cristiana, fuertemente marcada por el racionalismo griego apela a una esencia de la historicidad. En la Edad Media no hay sentimiento de la Historia. Este es un punto a destacar. Es a partir del siglo XVIII y en la cultura francesa cuando reaparece este sentido. En un libro de Condorcet, que se llama "Esquis d'un tableau du progres humain", que la noción de historicidad comienza a tratarse de nuevo. A partir de este momento la encontramos desarrollada en la filosofía Alemana, naturalmente en Hegel y Marx. Después es la invasión de la historicidad.

Hasta aquí hemos reflexionado suficientemente sobre lo que significa historicidad. Significa una evolución cualitativa, un cambio cualitativo a través del tiempo, aunque no es tan sólo este cambio cualitativo. En efecto un cambio cualitativo a través del tiempo bien puede ser una evolución, y es necesario hacer una distinción entre evolución e historicidad. Lo que caracteriza la evolución es que se trata de un cambio cualitativo muy regulado, obedeciendo a regulaciones, a predeterminaciones. La antogénesis de un embrión es el prototipo de una evolución y no de una historicidad. La filogénesis es una importante cuestión sobre la cual se debaten los biólogos. Lo propio de los biólogos es captar la filogénesis, es decir, la aparición de las especies a través del tiempo, respondiendo a regulaciones.

.....

(En la Historia no existen regulaciones, hay ruptura). Si hay ruptura, la Historia es imprevisible y de una cierta manera la Historia no se objetiva. No hay leyes históricas. La búsqueda de leyes históricas es necesariamente limitada y consagrada a

cambios parciales. De aquí que una científicidad de la Historia que quisiera tratarla como un objeto, llegaría necesariamente a negar la realidad misma de la Historia. Si la Historia existe, si hay una historicación, es decir, un proceso por el cual el individuo se da un espacio de desenvolvimiento cualitativo, estamos entonces abandonados a la simple constatación de las emergencias históricas y no hay medio de favorecer, de mediatizar, de acompañar, de instaurar, aquello que los alemanes llamarían "mitt verden" ("devenir avec"). ¿Es que no existe una posibilidad, en consecuencia, de una presencia en este proceso de historicación? Creo que si miramos atentamente el proceso psicoterapéutico, apercibimos que es ininteligible es su eficacia. Si no admitimos que en la palabra que el paciente pronuncia sobre sí mismo existe un proceso de autoestructuración, que puede ser eventualmente mediatizado o canalizado por la presencia del psicoterapeuta. Este no es nadie que induce una historia, él se defiende, no propone ningún valor, no da ningún consejo. Sus interpretaciones, cuando las da, son sugeridas, son elementos hechos para "relanzar" la palabra del paciente y no para hacer creer que la palabra del paciente encuentra en la interpretación del analista su reposo. Toda la estrategia psicoterapéutica consiste en un "relanzamiento" de la palabra del otro, y ¿para qué este "relanzamiento"?, sino para que la intuición de la palabra que el paciente pronuncia sobre sí, construya en un proceso autoestructurante, o reestructurante. La palabra que pronunciamos sobre nosotros mismos no es historicante. Lo que decimos de nosotros es sólo aquello que atestigua nuestra propia historicidad, más exactamente, aquello que constituye nuestra propia historicidad. Y si la expresamos así, es que en este "escoger" de la interlocución, en la interlocución, está en relación con el lenguaje del otro y define un proceso operatorio.

El concepto de Historia es inasimilable a las ciencias objetivas, o entonces pasamos de la Historia a la Evolución, lo que no es la misma cosa. El concepto de Historia es difícil de manipular. Yo lo propongo como una categoría fundamental de las ciencias humanas, en tanto que humanas, y a partir de aquí podemos ver que rechaza el diagnóstico, rechaza de encerrar al o

tro en estructuras, se propone ver al otro en su dinámica autoestructurante, que es su lenguaje, su palabra. Conquistar su palabra. Que hable su deseo, Entrar en la palabra de su deseo, es entrar en este proceso de autoestructuración, en estos procesos que son los procesos psíquicos.

Lenguaje, Historicidad, Psique, son tres categorías inseparables las unas de las otras, y creo que instalándonos en la confluencia de estas tres categorías somos susceptibles de afirmar nuestra propia identidad en tanto que especialistas de las ciencias humanas, y atestiguar nuestra cientificidad, que es otra que la cientificidad de las ciencias de la naturaleza.

(Conferencia dictada por el prof. J. Gagey
en el Departamento de Psicología de la U.A.B.,
el día 5 de diciembre de 1974).